

EL TEATRO FEMINISTA EN ESPAÑA. UNA REFLEXIÓN A PROPÓSITO DE *DONES I CATALUNYA*

Per LIDIA FALCÓN
Bustarviejo, 26 de diciembre de 1997

Muchas cosas tengo que agradecerle a Ricard Salvat. Que haya sido mi amigo, sin vacilaciones, durante treinta años; que me obsequiara con sus ideas, con su cortesía, con su afecto. Pero entre tantas, mi memoria hoy escoge aquella tarde de la primavera de 1982 en que me llamó para hacerme partícipe del proyecto de *Dones i Catalunya*.

Mi agradecimiento es múltiple: primero porque pensar en mí para que participara en la creación de una obra de teatro era en aquellos años insólito. Únicamente un hombre de la capacidad de memoria de Ricard Salvat podía recordar que yo había comenzado mis estudios y mi trabajo profesional en el teatro: escribiéndolo y actuando. Sólo un hombre de la sensibilidad de Ricard podía responder a la llamada de Melina Mercouri, que desde Atenas dedicaba el Festival de Teatro a la voz de las mujeres, elaborando y montando una obra que expresara algunas de las voces de las mujeres catalanas. Y, sobre todo, porque aunque Ricard no lo sepa, y nunca se lo haya dicho hasta esta tarde de San Esteban en que estoy aquí, en un recóndito pueblo de la Sierra de Madrid escribiendo este artículo, esa oportunidad que me brindó su llamada de una noche de primavera en su casa de la Travessera de les Corts, fue el renacer de mi vocación de autora teatral, adormecida después de muchos años de represión fascista.

Ricard me desamordazó y me regresó. Me regresó al apasionante mundo de los escenarios, que yo había abandonado con tanto dolor en los años cincuenta, cuando la infame censura franquista me prohibió una de mis primeras obras que mis compañeros del Instituto del Teatro estaban dispuestos a representar en el fenecido y olvidado teatro Panam's de las Ramblas. Ricard me recordó que las palabras que se vierten para ser representadas son doblemente eficaces, y Ricard confió plenamente en el poder de la eficacia de mis palabras. Porque sabía que cada una de ellas y todas ellas estarían al servicio del feminismo.

La primavera de 1982, cuando Marisa Híjar y yo nos reunimos en la casa de Ricard para comenzar a hablar de *Dones i Catalunya* eran tiempos de feminismo militante. Las mujeres y sus palabras se habían esparcido por nuestro país denunciando con firmeza sus sufrimientos y exigiendo justicia. La revista *Vindicación Feminista*, que con tanto esfuerzo había yo fundado y mantenido durante tres años, y de la que la propia Marisa era subdirectora, había recogido todos los pasos que el feminismo había dado en aquellos tiempos de

transformaciones, y había contribuido muy eficazmente a impulsar los avances que las mujeres conquistamos con fuerza, con seguridad, con decisión, con ira. El Partido Feminista que fundé en 1979, y se legalizó en 1981, comenzaba sus primeros trabajos que fructificarían en su I Congreso, en julio de 1983. Me adentraba, con mis compañeras, en el más ambicioso proyecto que había liderado nunca: combinar política y feminismo. Éramos el primer partido feminista de España, teníamos la mejor revista feminista, elaboramos las tesis ideológicas más avanzadas y revolucionarias del Movimiento en toda Europa.

Pero nada de ello asustó a Ricard. Por el contrario, le enardeció. Puso su tiempo, su casa, su experiencia y su dinero, al servicio de nuestra causa. Y nunca se arrepintió. Por ello hoy estoy escribiendo este artículo, como acompañamiento a la publicación de aquella obra *Dones i Catalunya*, que se materializó por primera vez en agosto de 1982 en Olite (Pamplona) bajo la batuta de Ricard. Y que constituyó para mí el inicio de una nueva etapa en mi trabajo de dramaturga.

Gracias al encargo de Salvat, el cuadro "Con el siglo" con el que se inicia la obra, se convirtió más tarde en la obra en tres actos, *Las mujeres caminaron con el fuego del siglo*, que se representó al año siguiente en Nueva York y Puerto Rico y más tarde en el Congreso del Partido Feminista en Barcelona, y cuya última lectura pública se ha celebrado en el Ateneo de Barcelona en marzo de 1996.

Porque después de convivir con Montse y Patro y Esther, las protagonistas de mi cuadro, durante los meses que duraron los ensayos y la puesta en escena de *Dones i Catalunya*, no supe separarme de ellas. La historia de los ochenta y un años primeros de la Catalunya del siglo xx, vista a través de la vida de mis protagonistas, testigos y espectadoras a la vez de tantas tragedias y conmociones como se produjeron en su país, las dos ancianas que se reúnen para celebrar el cincuenta aniversario de la proclamación de la II República española, requería una obra completa, en tres actos, documentada y elaborada como lo hice a lo largo de todo el año 1983.

Y a partir de allí, requerida por el impulso creador que había revivido el trabajo de *Dones i Catalunya*, seguí escribiendo *Tres idiotas españolas*, que estrenó Gemma Cuervo en la Muestra de Teatro Feminista en Madrid en 1987, y que se ha representado durante varios años en media España y en Estados Unidos; *¡Pague, calle y no moleste, Señora!*; *¡Parid, parid, malditas!*; *Siempre Busqué el Amor*; *Mi único amor* y *Emma*, publicadas y estrenadas sucesivamente en estos últimos años.

Ricard me dió el impulso y el apoyo que necesitaba para recuperar el entusiasmo que me faltaba en mi actividad teatral, y a partir de aquel momento me sentí de nuevo segura entre bastidores. Sin miedo al negro vacío del patio de butacas y apasionada por llevar la palabra y la acción feminista a los escenarios. Por primera vez en la historia de España existía el teatro feminista. La acción teatral servía para difundir el mensaje de liberación de las mujeres, cuando siempre había estado al servicio de los hombres.

Me emocionaba recordar El teatro Proletario que mi padre, César Falcón, y mi madre, Enriqueta O'Neill, habían creado en los años treinta, y con el que recorrieron casi toda España difundiendo en los pueblos el mensaje revolucionario que sus obras y las de Maiakovsky y Brecht llevaban.

Me emocionó el recibimiento que me otorgaron en Estados Unidos y en Atenas, en Puerto Rico y en Buffalo, en Barcelona y en Madrid, en Gijón y en Alicante, y en tantas otras ciudades, las mujeres que se reconocían por primera vez en las palabras de mis protagonistas.

Me emociona saber y ratificar cada día que por fin en España existe un teatro feminista, a pesar del retraso con que iniciamos la tarea.

Y por ello, me entristece y me indigna la ignorancia y la mala fe con que ese teatro es recibido tantas veces por empresarios codiciosos, por críticos ignorantes y, ¡hélas!, a veces también por escritoras que consideran el feminismo como una tilde de infamia.

¿Qué fué de aquellas autoras que en los años setenta y ochenta se enorgullecían de llamarse feministas? ¿Qué se hizo de todas las que comenzaron su carrera de dramaturgas, de periodistas, de escritoras, de críticas, de comentaristas, en las páginas de *Vindicación Feminista*, y que hoy huyen de ser catalogadas como tales? ¿De las feministas, qué se hizo?

Deseosas de ser aceptadas en los círculos de "entendidos", necesitadas de protección masculina para publicar, para estrenar, temerosas de ser ninguneadas por la crítica, renunciaron a sus pretensiones de igualdad y de libertad, renegaron de su militancia feminista —algunas de las más famosas hoy ni siquiera se acuerdan de que trabajaron muchos meses, y años, conmigo y a mi lado en los inicios del Movimiento y del Partido— y se proclaman hoy bien ajenas a semejantes veleidades.

Y sin embargo se mueve. Porque el mundo de las mujeres no solamente afecta al cincuenta por ciento de la humanidad, sino al cien por cien. Todos estamos concernidos por los sufrimientos femeninos. Ellas, como víctimas; y los hombres, como verdugos. Al fin y al cabo aquí estoy hablando de justicia, y nada más que de justicia. Ese clamor que surge de las masas femeninas oprimidas en todo el mundo —en algunas partes más—. De progreso, "esa palabra buena y dulce" como escribía Víctor Hugo. De igualdad y libertad, esa proclama que a sus doscientos años de antigüedad no ha perdido su juventud.

Pero los empresarios y los directores teatrales no tienen hoy la confianza que Ricard depositó hace quince años en el teatro feminista de *Dones i Catalunya*, y los escenarios sólo ven los engendros machistas de los autores recomendados y las cursilerías de las escritoras de moda.

Si el escritor es la conciencia de su tiempo, ¿dónde está la conciencia de las mujeres? ¿Dónde las voces que canten sus miserias, que reclamen su deuda, que den testimonio de su existencia?

En los últimos congresos y simpósiums de teatro a que he asistido, en varios países y diferentes continentes, he podido comprobar que la mayoría de las escritoras españolas repiten un teatro convencional, burgués y masculino, pretendiendo con él ser aceptadas en el Olimpo de los dramaturgos y reconocidas por la crítica de los conocidos mandarines de la cultura.

En una magistral conferencia que tuve el placer —la oportunidad y la casualidad— de oír a Ricard Salvat en Caracas, recuerdo con especial placer la descripción que nos hizo del teatro de Benavente. Ricard explicó, con su peculiar ironía, y manejando una exahustiva información, cómo Benavente dirigió, apadrinó y tiranizó todo el teatro oficial de España durante medio siglo. La recreación de aquellos escenarios benaventianos situados en la casa burguesa madrileña o en el latifundio andaluz, donde el conflicto de la obra —y casi siempre eran los amores adúlteros del marido— se anunciaba en las primeras escenas del primer acto, en largos diálogos que protagonizaban los criados, resultaba en las sarcásticas palabras de Ricard enormemente cómica. Recuerdo en especial una frase: "Si desapareciera el servicio doméstico, Benavente no sabría cómo empezar sus comedias". Pues bien, el servicio doméstico ha desaparecido y el teatro de Benavente, también. Excepto en algunos de sus discípulos y recreadores. Entre los que se encuentran, para vergüenza de hoy, algunas autoras.

Situando sus obras en los aburridos hogares pequeño burgueses, teniendo como único tema el amor y la búsqueda de compañero sentimental —ni siquiera el sexo es tema femenino—, repitiendo hasta la saciedad los pequeños dramas domésticos —no los grandes, que, por ejemplo, la violencia, la terrible violencia que lleva a la tumba a sesenta mujeres cada año en nuestro país nunca tiene cabida en un escenario español—, los temas de las dramaturgas españolas son aplastantemente manidos y extenuantemente repetidos. Las escritoras españolas deben considerar que el trabajo, la promoción profesional, las ambiciones personales, la política, la guerra o la paz, no son suficientemente interesantes para ser desarrollados en un escenario.

En definitiva, muchas de estas autoras siguen escribiendo un teatro benaventiano y burgués que no parece haber recibido el influjo de los últimos sesenta años de avances y transformaciones producidos por el teatro de vanguardia, militante, experimental, simbólico, surrealista, del absurdo. Un teatro que pretende ser asexuado, porque ya sabemos que lo femenino siempre es de menor categoría. Un teatro al que se niega cualquier ideología política.

Bien sabemos que han llegado los tiempos desideologizados. Siguiendo las consignas del fascista Gonzalo Fernández de la Mora y su crepúsculo de las ideologías, y del capitalista neoliberal Fukuyama con su fin de la historia, la mayoría de los intelectuales modernos que quieren estar al día, repiten las consignas que interesan al poder. Nadie sabe ya, ni importa, qué diferencia la derecha de la izquierda, nadie puede defender la utopía, nadie considera serio el ideario comunista. Nadie, en fin, se alía con los explotados y oprimidos del mundo. Por tanto, tampoco nadie puede ya ser feminista.

Pero también sabemos que si calla el cantor, calla la vida. Y por tanto, la literatura, el teatro, la filosofía de esos autores están muertos.

Tan vergonzante actitud frente al feminismo es típicamente española. Las escritoras de otros países europeos, de Estados Unidos, de China o Japón, se manifiestan con rotundidad feministas, así lo declaran públicamente y su obra corresponde consecuentemente a su ideario. Tuvimos el placer de ver cómo se otorgaba el Premio Nobel a Tony Morrison, conocemos la obra y el cine de Alice Walker, de Amy Tan, de Dacia Maraini, de Elsa Morante, de Hélène Cixous. Y tantas otras que considerarían una traición renegar del feminismo que tanto nos costó dignificar e introducir en la sociedad. Y no por ello se consideran, ni las consideran, escritoras sin calidad sometidas al sectarismo.

Son nuestras renegadas de hoy las que se han sometido, mansamente, a las imposiciones de una cultura burguesa y machista, como la que impera mayoritariamente en los medios de comunicación y en los círculos intelectuales españoles.

Por ello repito mi homenaje a Ricard Salvat. Doblemente agradecida porque no haya renegado nunca de la coherencia que ha mantenido siempre en su resistencia en la lucha por el progreso y las libertades, y porque todavía se ratifique en su defensa del teatro feminista, como lo demuestra con esta publicación de nuestra querida obra *Dones i Catalunya*.

TEATROGRAFIA DE LIDIA FALCÓN

— *Teatro*. Madrid: Vindicación Feminista. Publicaciones, 1994.

Conté les obres:

- *Las mujeres caminaron con el fuego del siglo.*
- *Tres idiotas españolas.*
- *Siempre busqué el amor.*
- *¡Parid, parid, malditas!*
- *¡Pague, calle y no moleste, señora!*